PRESENCIA II

Rosa Chacel

¿Por qué me pedís que hable de mi misma? ... Estoy acostumbrada a oír decir que de mí hablo demasiado, y es verdad que en toda mi obra no hablo más que de mí y del mundo ante mí. En este momento lo que quisiera decir es que me pasma -y me conmueve- que hayaís puesto tanto empeño en hablar de mí ... Me asombra, repito, y no por modestia, sino porque mi aspiración fue siempre la de existir, como presencia ante vosotros y de los otros a donde lleguen mis palabras. Si quiero llegar a todos no es como influencia, sino como experiencia, cedida y amorosamente condimentada para gustar -no, esto es frívolo- quise decir para seducir, o sea, mostrar la insuperable seducción de la vida. Es todo lo que puedo decir, porque detalles de mis perfecciones -o errores- bien los teneís estudiados, yo, no como conclusión porque mi estilo no es lo concluyente sino como información, vuelvo a instaros a pensar en el difícil vivir, cuyo ámbito más fértil es el saber, el meditar, el ahondar en el capital que nos dejaron, que jamás podrá admitir ruptura.

En fin, puesto que debo decir algo, estoy dispuesta a no decir nada de lo que todos sabeís mejor que yo; lo que hice os pertenece, sería sensato decir algo de lo que quisiera hacer, aunque esto tal vez parezca promesa arriesgada, diré pues solamente la posición de mi ánimo ante lo que vivimos, tal como es, tal como haremos que sea en el futuro inmediato; si nos atravemos a afrontar la niebla. Perdonad que lance esta metáfora porque, aparte su valor literario, tiene una consistencia racional que la justifica. La niebla idealiza el paisaje, así el recuerdo embellece el conocimiento del pasado, y solo afrontando su difícil misión podremos lograr el sentido neto de lo que fue y quiere seguir siendo. Esto que aparece sentencioso, no es mas que un lamento o grito de auxilio ante el abandono o desestimación de la memoria. Esta lamentación es frecuente entre los maestros y entre algunos escritores que se sienten con suficiente autoridad, pero yo, personalmente, creo que el valor didáctico de la literatura, de la novela en particular, es el que marca el rumbo de las generaciones. Lo grave es que la literatura no debe, ni puede, ni quiere cargar con esa misión; el hecho real de toda literatura -considerada como creación de arte- es un reflejo de semblan-

za de la generación que la produjo. Puede parecer arbitrario dar un valor de ejemplo a lo que es substrato naturalmente producido, pero el hecho es que contiene diversos valores o efectos. La literatura la novela en particular, es una demostración de algo que no se puede exhibir porque su acción es fluir, no es pasar sino seguir pasando, sencillamente como la vida, y ahí se enreda el intríngulis de la creación literaria, aspiración a la sencillez o evidencia natural y culminación de lo imperceptible de lo casi imposible. Claro que no es éste el momento de hablar de estilo, sistemas o tendencias literarias, sino tal vez -aunque todo momento es bueno- para hablar de lo que padecemos, producimos, aspiramos, tomamos como eje de nuestra existencia. Si tanto pesa en nuestras voliciones, la imagen, semblanza y valoración del diario acontecer, tenderíamos naturalmente al realismo. Esto sería lógico, y no puedo decir que no sea esa nuestra tendencia, claro que también puedo decir que no lo es..... Francamente decididamente tendemos al realismo, pero con la más hábil y sutil conformación de lo real, novísimo, sorprendente, irritante, insultante a toda ética y estética.

Bien se que todo esto ya está bastante teorizado, incluso practicado, si hablo de ello no es por demostrar suficiente información, sino por remontarme al tiempo en que todo ello germinaba, pero no en silencio como las semillas, sino a gritos, exabrupto, reto, duelo, combate. En realidad intento, tanteo de la posibilidad. Ese tiempo que viví y que amé y sigo amando, me atrevo a decir que ese fue el tiempo de SATURNO, sin cambiar de régimen alimenticio, devorando con el mismo apetito a sus cachorros, mas que con desenfreno, con ostentación, al mismo tiempo enriqueció su aspecto feroz con un aire intrigante cargado de promesas de su secreto esplendor. En fin, desde aquel tiempo vivimos pendientes de él por infinitas causas. Ante todo por su conservación, perdió su prestigio aquel proverbio famoso: "El saber no ocupa lugar", adquirimos una obsesión de ahorro hasta para el pensamiento, espantamos de pronto a las ideas como insectos, si no es suficiente su valor práctico. ¿Parece excesivamente ruda esta afirmación? ... lo sería, si no fuese compensada por la dilatación -no como panorama sino como torrente- la posibilidad de placer. ¡Cuidado! no hablo de placeres practicables, sino de la amplitud de la imaginación, de la creación, de la fruición de la simple visión del mundo en libertad.

Es normal -digamos natural- el hecho de analizar, de diferenciar cada entidad perceptible a la mente, de ese modo se establecieron las jerarquías y se acotaron los terrenos según pertenencias. Hoy día en que el análisis alcanza la máxima diferenciación tendemos, al mismo tiempo a unir, sin confundir las que fueron -exentas, cuando no enemigas- cuerpo y alma. Aludo apresuradamente a esta nueva acción del patrimonio heredado, no se me ocurre plantearlo como tema a discutir, pues ello queda hoy día casi públicamente cedido a la batalla -sin triunfo sospechable- de la fe y la ciencia, por lo tanto debemos aquí mantenernos a una modesta distancia; pero si es factible ocupar un lugar discreto no lo es verse libre de reflejo, del iris brillante que tiñe toda visión, de modo que en esta hora -vuelvo a hablar del ahorro- para decir que tan larga perorata no ocupará mas tiempo que el de un timbre de alarma como llamada a la vigilia. En esta hora dedicada a las letras, percibimos la lucha de desunión y reabsorción en que se debaten cuerpo y alma, lucha reflejada en sus secuaces o símiles prosa y poesía.

Volviendo a un tiempo anterior a la niebla, no se definirlo porque ya se sabe que la niebla es la emanación de aguas yacentes, así que aquél tiempo era uno en el que fluían

corrientes que se asentaban en el collado y causaban la sutil evaporación; fue el tiempo aquel en que se extraía, mas que como un producto químico, se cazaba o pescaba la criatura inefable, la poesía pura. De esto no hay porque hablar puesto que la pieza fue cazada incólume, instalada o custodiada en el corral, donde creció tanto que llegó a saltar las vallas y se difundió en esa entidad que llamamos pueblo.

Querer abarcar en su total la circunstancia es disparate, pero no lo es definir las notas concordantes con el ente a quién consagramos nuestra meditación; y la circunstancia del que hoy deambula por calles y caminos -ciñémonos al de las calles, bicho de la ciudad- que es el cantor, canta-autor, recolector del lloriqueo exquisito -británico- de niños insólitos que repartieron su adolescencia -casi infancia coqueta- por el orbe. Muy importante la percepción del orbe que gozamos, sufrimos, ambicionamos con furor. ¿Se entiende algo de lo que estoy diciendo?, tal ves si, tal vez no, subrayaré la explicación, hablo de la circunstancia cuyo eco. El ECO, fenómeno acústico bien definido por la física, nos roba la presencia de la ninfa enamorada, pero hay un lugar donde no existen superficies de reflexión no hay muro ni talud que nos devuelva el pito del tren, pero el ECO, vibrante, imborrable en la memoria sigue sonando por el poder de la ninfa inmortal; el ECO es en un cien por cien amor inacallable. Resulta medianamente inteligible mi evocación de las figuras de la prensa, la tele, el gran cine y la amplia producción literaria reviven continuamente. Con ese aura pasa el que callejea, dejando sin ECO sin recuerdo los cantos olvidados, pasando de la gran armonía -que alguna vez llegó a ser callejera- a esos tonos amorfos de balbuceo pueril.

Tan gemelas y tan fraternas de Apolo, tan unánimes en toda etapa en todos los saltos sucediéndose en ascenso o descenso los temas delineados en la materia nítida de Limoges, conservados y repetidos en la dorada arcilla del alfar. Decorando los queridos cacharritos que compramos en andanzas turísticas, están las líneas exquisitas que el artista concibió elegantes, sutiles, difícilmente encaracoladas, barrocas, rococó en extremo halagadoras del gusto de damas y caballeros... Duplicidad patente porque las exquisitas líneas siempre tienen el garbo de las flores, de las lanzas, los escudos, las torres almenadas, imágenes del ECO sin voz, conserva en la memoria, inmune a todo desgaste, susceptible solo a las estaciones, sus circunstancias climáticas del alma, digamos de la mente, digamos las veleidades del amor, que hoy ama y mañana desama.

Tanto enrevesamiento, no quiere ser mas que una defensa del arte de nuestra época; pretendo situarlo en su circunstancia vital, y aún más visual. Ciertamente la literatura sufre el mismo sino que las otras artes, pero tiene una faceta incontestable la mera lógica; ante esta hay una ciencia balística que determina el tiro infalible, pero el más persistente tiroteo no aturde al silencioso recordar, conservar, adorar, muy al contrario, el recuerdo, ECO de amor mas poderoso, supremamente poderoso, absorbe -roba absorbiendo- las bellezas esenciales del tiro acertado, (el acierto, cogollo de la lógica, deslumbra, seduce, tienta, y el amor lo incorpora y lo recubre de líquenes fortísimos, imborrables). El acierto del juicio riguroso pone el dedo en la llaga y no solo el dedo, también el bálsamo, proque lo que el dedo señala, la armonía, la concordia, el equilibrio lo endulzan, lo adormecen como sueño del pasado esplendor.

Repito el lamento por la pérdida del culto a Mnemosina, que hoy muchos maestros

señalan y tengo que confesar (por seguir el orden de los hechos que: aún contándome entre sus acólitos los que buscamos el tiempo perdido, escardamos la prosa que aspiraba a continuar como depósito venerable). Una faena dura y arriesgada que hoy conviene intensificar, porque con la facilidad que nuestras crías -mas exacto decir críos porque se trata de los talludos- aprenden a leer , a escribir, a cantar y digo cantar a lo que se llamó trovar y hoy se llama... no se llama nada, se hace, se grita, se musita y se reparte como secreto que toma un tono distinto en cada silencio.

Esta es la cuestión. ¿Cómo enseñar a poner orden en el caos?: En primer lugar, hablo del pequeño caos al alcance de nuestras manos, y en segundo, ¿por qué pretendo enseñar algo.... Empecé dando las gracias a los que fabricasteis este arco de triunfo que me colocáis, y poniendo a la vista la incapacidad de estudio que demostré en toda mi vida, algo será -supongo que mi patente desmedido amor a la vida que compartimos- lo que os haya hecho descubrirme en mi rincón, en todo caso siento que es mucho lo que tengo que agradecer y, sin embargo me inclino a -si no a enseñar-, indicar algo así como una guardia mentenedora del orden frente al caos. He tenido contacto en varias ocasiones con la juventud escolar, con los que, sin ostentar el lujo de la juventud, acudiendo a diario a ganar el diez consabido responden como quien recibe un regalo o cualquier novedad en la monotonía cotidiana, y responden preciosamente, con una limpidez primaveral a cualquier palabra que se les muestre francamente. También ha comprobado que en esa zona oficial, es decir rectora de la prensa de la tele, de los altos centros que dispensan grados socioculturales, pueden suceder en sucesión esporádica figuras creadoras que pasan sin que se establezca ni se haga visible un orden jerárquico... No hay que asustarse, un orden jerarca quiere decir un camino ascendente. y tampoco hay que asustarse de lo que califico de ascenso. Un camino ascendente es el que da acceso a cada plano donde descuella una respuesta a las cuestiones que traíamos alentando con dificultad... Así pues, reflexionando sobre lo difícil que es vivir, sobre lo increíble que es llegar a tantos años como llegué, el aliento que me queda -por lo visto todavía un poco- lo pondré en el empeño de instar a los que vienen... Quiero decir a los que vienen con ganas de vivir, pues hemos padecido y aún padecemos la existencia de los que se preguntan, "¿Para qué?" .... Quisiera responderles con la afirmación máxima y lo único que encuentro seguro es prometerles el paraíso del conocimiento.